

EL ARTISTA ESPAÑOL.

PERIÓDICO DE TODO,

MEJOS DE RELIGION Y POLÍTICA.



LA historia, que es una parte principal de la literatura, tendrá un preferente lugar en nuestras columnas. Respetables personas han opinado que en la manera de escribirla, superaron los antiguos á los modernos: empero nosotros, sin que tratemos ahora de impugnar este dictamen, manifestamos que si bien la exornaban los antiguos extraordinariamente haciéndola interesante hasta el extremo, esta misma exornacion y este aumento de interés, se verificaba á costa de la verdad, la que debe ser severamente respetada en la historia. Los célebres historiadores antiguos dejaban correr libremente su pluma al escribir, y trasladaban cuanto cabia en su brillante imaginacion creyendo hacer por este medio mas popular su obra, persuadidos de que lo maravilloso arrastra la fácil credulidad de la multitud en la que es poco comun el criterio. De este parecer fué Séneca; y Tito Livio hace la defensa de los que, al historiar, usan de estos recursos. Él dá razones que no nos es lícito comentar, mas nosotros no transigimos con la menor infraccion de la verdad histórica.

Los primeros romanos se contentaron con tener unos simples anales de su historia: pero los griegos proporcionaron á aquellos mejores modelos, por los que se formó Tito Livio, tomando un asunto tan vasto que abrazaba desde el nacimiento de Roma, hasta la memorable batalla de Actium; ó lo que es lo mismo, un espacio de mas de siete siglos. Nosotros comprendemos que el historiador debe procurar que se escite un interés muy vivo en sus lectores, para que se aficionen á un estudio tan esencial y que corre el riesgo de parecer árido al jóven que empieza su carrera, acostumbrado á juzgar de las cosas por el aparato y brillo que en ellas se divisa. Pero ¿será forzoso acudir á la invencion y á la mezcla de lo verdadero con lo fabuloso? De ningun modo: el historiador tiene, en nuestro concepto, muchos recursos de que hacer uso para captarse la aficion de los lectores, sea cualquiera su carácter y gusto dominante. La narracion fluida y clara, no puede menos de ser agradable; la elocuencia en la manera de arengar los caudillos á sus huestes; el modo de agitar el alma por medio de los asuntos patéticos en que toda historia abunda, siguiéndolos con naturalidad; á veces con afan que oprime, á veces con dolorosa energia. La historia de cualquier pueblo presenta modelos de virtudes; ejemplos de ambicion y perfidia, que deben ser presentados de una manera tal que inspiren su aborrecimiento; así como los de nobleza y desinterés deben estar sentidamente escritos para hacerlos apreciar en su justo valor, procurando lograr que á ellos se aficionen: si el historiador está dotado del genio, alma de todo autor, moverá y arrastrará á sus lectores hasta cautivar completamente su atencion, sin mas que hacer uso de los inmensos recursos que le estan concedidos y que en nada se oponen á la mas escrupulosa verdad. Sea ejemplo de lo que un historiador puede hacer para conmover la mas sensible fibra del corazon humano, la manera con que describe Tácito las súplicas de Hortalo á Tiberio; la pintura de Vibio Sereno, indignado por la horrible acusacion que contra él hace su mismo hijo; la descripcion de la llegada de Agrippina á Brindis; los postreros desórdenes de Messalina.

No temeremos abusar de la paciencia de nuestros lectores presentando á continuacion algunas líneas de Tácito, tomadas de un papel antiguo que redactaba un respetable literato. *Después de referir concisamente los progresos del lujo desde la batalla de Actium hasta Vespasiano, concluye con esta filosófica reflexion:* «quizá las costumbres, como todas las cosas humanas, están sujetas á las revoluciones. No todo ha sido excelente en nuestros abuelos; y entre las producciones de nuestra época, hay algunas dignas de elogio, que podrán servir de modelo á la posteridad.» Dice después

hablando del funeral de Germánico: «el dia en que se llevaron sus cenizas al sepulcro de Augusto, la ciudad parecia ora llena de gritos y lamentos; ora representaba en su silencio una vasta soledad.» Cuando refiere la consternacion de Galba y de Roma toda, en la insurreccion de Oton, dice: «los templos y las basílicas se llenaban de una muchedumbre consternada; no se oía una sola voz; los rostros estaban abatidos; los oídos atentos al menor rumor; no habia tumulto; no habia sosiego, sino el silencio sombrío del terror y de la rabia.»

La imparcialidad, indispensable y rara cualidad en un historiador, es muchas veces harto atropellada. La España ha sostenido guerra victoriosamente en diversas épocas con infinitos reinos estranos; y esta es suficiente razon para que sea aborrecida de muchos: así es que varios escritos estrangeros que de nuestra historia tratan, estan llenos de errores, que no queremos calificar de espresos, y otros son un tegido de imposturas. La lectura de los primeros solo debe hacerse para impugnarlos; los segundos deben ser entregados á las llamas. Son, seguramente, dignos de la pública reprobacion, si bien merecen sus autores alguna indulgencia, porque fuera demasiado exigir del vencido, que proclamase la heroicidad del vencedor; mucho mas cuando en algunos casos, la fortuna puede haber coronado los esfuerzos de un valiente y no haber favorecido á otro que peleara gloriosamente, aunque con menos dicha. Mas para escribir de este modo, no escriban; puesto que de encontrar un asunto histórico escrito de dos maneras, diametralmente opuestas, sin que tengan entre sí mas relacion que la de ser unos mismos los personajes que en ella figuran, resulta una confusion y una duda que obliga al lector á permanecer perplejo; le hace dar la preferencia segun los datos que haya oido mal ó bien autorizados ó segun su mayor ó menor criterio, cuando no concluye negando el crédito á las dos.

Uno de los historiadores que, en nuestro sentir, han escrito con mas escrupulosidad sobre la historia, ha sido el jesuita *Famian de Estrada*, en sus décadas de las guerras de Flandes. Jamas asegura sin poseer datos irrecusables, manifestando al lector cuándo debe dar crédito á lo que va narrando y cuándo debe suspender su juicio; pero los manifiesta con la mas rara y apreciable ingenuidad. Esta prenda en un historiador es de infinito precio y debe servir de modelo al que se dedique á cultivar tan interesante parte de la literatura.

(Se concluirá.)

(Conclusion del artículo sobre los hospitales generales (1).

El servicio sanitario ha recibido tambien un arreglo un bien entendido como importantísimo: se ha destinado un clínico para cada sala, con la indispensable obligacion de apuntar las observaciones termométricas, colocando en cada una de aquellas su correspondiente termómetro. Llevan igualmente con exacta puntualidad la historia de cada enfermo, segun el respectivo profesor les ordena, el cual es responsable del no menos exacto cumplimiento de los practicantes de cada sala. Se opta al cargo de clínico por medio de una oposicion rigorosa; y con este cargo se ha puesto un incentivo, un verdadero estímulo para que los practicantes se apliquen con el justo deseo de procurar el indicado ascenso, ó sea marcada distincion, por cuyo logro se desviven aquellos; resultando de esta sabia determinacion, que estudian con fé y buen deseo; asisten

(1) Véase el número 17.

con solicitud á los enfermos encomendados á su cuidado, y llegan á ser facultativos tales, que sobre ser muy útiles á la humanidad doliente, honran al establecimiento á que pertenecieran con los importantes conocimientos adquiridos por la práctica. También los demas practicantes estan clasificados en numerarios y supernumerarios, dotados segun á su clase corresponde.

Es asimismo digna de grande encomio la determinacion de dar tal uniformidad y orden á las salas, que solo puede concebirse acercándose á observar este respetable y benéfico asilo. Todos los enfermos tienen buenas mantas encarnadas y, á juicio de los facultativos, se dan tambien á los que necesitan de mayor abrigo, chaquetas de bayeta, y quasi á todos, gorros blancos; asi como á las enfermas chambras de bombasi y sus gorras ó papalinas.

La parte del hospital viejo, ha sido igualmente mejorada: en ella se han arreglado tres salas, capaces de ciento y cuarenta enfermos, para las dolencias que corresponden á la cirugía: y entre el arreglo que en dichas salas se observa, hemos visto que en vez de los poyos de baldosa destinados á la colocacion de vasijas y otros útiles, se han puesto aquellos de azulejos, y las camas se han pintado al óleo.

No es fácil enumerar minuciosamente otras muchas mejoras que cada dia se observan; réstanos solamente tributar nuestros pobres elogios á los señores que componen la junta municipal de beneficencia, cuyos visitadores secundando el infatigable celo y reiterados del señor Alonso, actual director, y este tomando en consideracion las buenas ideas emitidas por los demas gefes subalternos y enfermeros, que rivalizan en vijilancia, esmero y asiduidad para cumplir con el respectivo cometido, han logrado que éste tan importantísimo establecimiento esté brillante y ordenado; dando por este medio gran lustre á la capital de España, y proporcionando á los enfermos tal y tan cariñoso cuidado, que no temeremos aventurarnos á decir que en el dia nada les falta.

Tuvimos el gusto de asistir en la noche del viernes de la pasada Semana Santa á la ejecucion de un *Stabat Mater*, desempeñada por las señoritas colejiales del de los *Balbases*, (denominado vulgarmente colejio de las niñas de Leganés) sito en la calle de la Reina, esquina á la de S. Jorje. No entraremos en hacer un detenido análisis de esta bella obra, debida á la pluma del acreditado Sr. *Gisbert* maestro de la Capilla de las señoras Descalzas reales y profesor del referido colejio, porque no es para nuestra insuficiencia el comprender una obra de este género para poder analizarla sin mas que escucharla una sola vez y sin el menor conocimiento de su *partitura*; no obstante diremos que nos pareció muy buena; que en ella encontramos muchas *melodías* tiernas y sensibles hasta el punto de traer á la memoria los inconcebibles dolores que experimentarían en tan acerbo trance la Santísima Madre del Redentor del mundo; que notamos muchas *armonías* de gran efecto y novedad; una instrumentacion bien entendida y propia del templo y últimamente observado escrupulosamente, con muy ligeras escepciones, el género sagrado.

Respecto de la ejecucion diremos francamente que nos sorprendió y debemos hacer una salvedad á fin de que no se nos tache de parciales. Acudimos á la indicada iglesia por una verdadera casualidad hija de nuestro ardiente deseo de oír música; y no conocemos el autor de la obra ni á ninguna de las señoritas que la ejecutaron. Esto basta para dar á entender que nuestras palabras nacen de un verdadero convencimiento y no de compromisos amistosos ni de otro género, como mas de una vez se observa con visible perjuicio de las artes.

Hemos dicho que la ejecucion nos sorprendió, y asi lo repetimos: escuchamos una voz de tiple de un timbre particular; de una estension prodigosa, y de una valentia inconcebible en los pocos años, que, segun hemos oido decir en la iglesia, cuenta la señorita que la posee: á esta rara é importante dote natural, se halla unida una exquisita sensibilidad sin la cual no puede verificarse el indispensable *si vis me flere* etc.; una espresion que dirige derechas al corazon del que escucha las frases que sobre aquel obran de una manera irresistible, cualidad tan indispensable en un cantante, como difícil de adquirir si con él no nace. Oímos un magnífico contralto en el cual brillan, respectivamente de su cuerda, las mismas circunstancias que en el tiple; y sentimos vivamente que la falta de conocimiento ó amistad con dichas señoras ó con su profesor (segun en un principio indicamos, nos impida marcar aqui sus nombres, que ignoramos, así como los de otras dos señoritas de cuerdas igual-

les á las de las anteriores; porque eran muy dignas y merecedoras de esta pequeña distincion y de otras muchas mayores.

No concluiremos estas líneas sin tributar los merecidos elogios á las demas señoritas que formaban el coro; porque no es dable mayor seguridad, ni mas afinacion, aplomo y esactitud. En la *fuga*, con que el *stabat* concluye, no observamos que ninguna vacilase; y á pesar de la rijidez con que debe ser ejecutado este género de música, su desempeño juzgamos que nada dejó que desear al autor de la obra, salvo tal cual desigualdad que observamos en la orquesta y que pudo ser hija de su colocacion respecto de las voces, ó de otra circunstancia imprevista que ignoramos. Por parte de aquellas repetimos que nos sorprendió la ejecucion, la cual honraria á profesores muy prácticos; porque aun en ellos seria digna de alabanza: tanto mas en personas que por recreo cultivan la música, como deshaogo de otras tareas indispensables de su sexo.

ELEGIA.

BEDICADA Á MI AMIGO DON FRANCISCO CEA.

Vace en silencio todo, y no se escucha
manso rumor: el viento sosegado
no zumba ya irritado
ni con las ramas corpulentas lucha
del vasto bosque de verdor sembrado.
La luna ni las pálidas estrellas
sus fulgores no lanzan
y por la esfera rutilante avanzan
mil cenicientas nubes...
¡Cual retumban mis voces
y en la estension inmensa revolaado,
ya se pierden veloces,
ya suenan retronando!...
¡Se despiertan los ecos adormidos
á mi débil acento
y vibrante resuena mi lamento
cual del laud los tétricos sonidos
que en apagado son suenan perdidos!
¡Oh! ¡Cual brilla el relán pago estendiendo
un sulco enrojecido
cuya cárdena luz brota escondiendo
por todo el firmamento ennegrecido!
Ya se aclaran las nubes que ocultaban
los destellos del astro trasparente
y los negros vapores que enlutaban
el azul firmamento resplandiente.
¡Cual late el corazon de frio miedo!
¡Qué me auguran del cielo esos vapores?
¡Alentarme no puedo
porque amagan ni pecho hondos temores.
¡Ah, Rosaura! Cruzando aqueste valle
conozco mi destino y mi tormento,
y aunque mi boca calle
no calla, no, mi triste pensamiento.
Aquí llorando mi desgracia horrible
lejos del mundo y su tumulto vano,
escondo el llanto, el corazon sensible
de ese mundo inhumano.
Mas ¿por qué me detengo? ¿Cómo dudo
en correr á tus brazos?
¡Alguna vez mi corazon no pudo
resolverse á estrecharte en tiernos lazos?
¡Ah! nunca te olvidé: siempre circula
por mis venas pasion abrasadora
que cual volcan ardiente me devora
mi fino corazon: siempre en mi mente
tu imagen celestial llevo grabada
y estasiado contemplo dulcemente
á mi tierna adorada...
¡Oh qué dulce ventura!
¡Oh qué placer inundará mi pecho
al escuchar tu voz: tu voz mas pura
que de la tierna tórtola el arrullo
á su querido amor; tu voz suave

como el canto del ave,
como el blando murmullo,
cual música lejana que espirante
en lánguido sonido vaga errante...
¿Pero dónde te encuentras? ¿Dónde, dónde
te ocultas de mi vista? El eco triste
en acento sombrío me responde
y la mente de sombras se reviste.
Oigo una voz... ¿es ella! ¡mi Rosaura!
¡Y va á partir! ¡oh cielo!
¡la que forma mi dicha y mi consuelo!
Ya huyó el dulce contento
de mi doliente corazón, y empieza
á turbar y abrasarse mi cabeza.
¡Oh! ¡no me escucha! ¡Y mi quejoso acento
¡no llega á sus oídos!
Lleva el lijero viento
solo mis melancólicos gemidos...
¿Piensas dejarme lleno de amargura?
Huyes, huyes tal vez, porque mi pecho
te adora con ternura,
y me dejas en lágrimas desecho?
Tu linda mano con mi lloro inundo,
mis lágrimas te abrasan
y mi pesar y mi dolor profundo
el corazón mil veces me traspasan.

(Se concluirá.)

JUAN SERRANO Y HURTADO.

Noticias de la Capital.

Segun tenemos entendido, cuenta ya positivamente la ACADEMIA REAL con el terreno necesario para hacer en él cuanto la es indispensable á fin de llevar á cabo este gran proyecto, desarrollando sin ningun género de obstáculo los vastos é importantes planes de

que tantas veces nos hemos ocupado. Esta novedad es debida á la presteza con que el ilustrado gobierno de S. M. ha tendido al proyecto una mano bienhechora, tan luego como se ha acudido á él y se le ha enterado de la importancia de este establecimiento y de los bienes positivos que va á producir en beneficio del país. Esta noticia, tan grata para los verdaderos amantes de las artes, no es de las que pueden ponerse en duda.

Se nos ha ofrecido entregarnos para el próximo número, *sin falta*, el programa de las solemnes funciones que va á celebrar dicha Academia, para inaugurar de un modo digno sus trabajos. Parece que invitará aquella á su AUGUSTA PROTECTORA, á fin de que se digne honrar con su asistencia dichas funciones. Igual invitación se hará al Sermo. Sr. VICE-PROTECTOR y demas personas reales.

Sabemos tambien que serán invitadas las corporaciones científicas y literarias etc., y aunque pudiéramos indicar algunas otras cosas que han llegado á nuestra noticia por *seguro* conducto, creemos mejor remitir á nuestros lectores al próximo número.

El Excmo. Sr. D. Ramon María Narvaez ha aceptado con suma complacencia el cargo de ACADEMICO DE HONOR.

Van á espedirse nombramientos de igual clase á varios personajes notables tambien por su posición social y por su afecto á las artes nacionales.

Han llegado á esta corte las señoras de Villó despues de haber dejado gratísimos recuerdos en diversas capitales de provincia y en varios puntos del extranjero. Nos aseguran personas entendidas que los adelantos de estas jóvenes y laboriosas artistas son muchos y notables. ¿Las oiremos en alguno de nuestros teatros? Dificil es contestar á esta pregunta, nos dirán unos; otros opondrán que probablemente las compañías estarán ya completas; y nosotros diremos que semejantes respuestas nada significan. Las empresas de

—¿Cómo?

—¿Quién sois para interrogarme, ni con qué derecho podeis detenerme aqui? Habeis contado con mi paciencia, y esta cuenta os ha fallado, porque tengo muy poca.

—¿Sabeis quién soy?

—Un criado y nada mas; ¿creeis por ventura que el ascendiente que, segun dicen, teneis sobre la superiora, ha de hacer que me humille ante vos? Los soldados de Isabel la Católica son demasiado nobles para abatirse, y demasiado valientes para arredrarse.

—Os aseguro que no ocupareis mucho tiempo vuestra plaza.

—En hora buena; no me faltará otra. Mas os encargo muy particularmente que tengais mucha cuenta con vuestra lengua, para ahorraros el que yo la jire muy larga sobre vuestras costillas. Hasta la vista.—

Dicho esto volvió las espaldas el jardinero y se dirigió á proseguir su tarea. Alberto permaneció un rato inmóvil, calculando el partido que debía tomar; no era el valor la cualidad que en él mas resplandecía, y la amenaza de aquel hombre resuelto y determinado le habia agradado muy poco. Sin embargo, siguiendo el camino que á su vil carácter mas cuadraba, se decidió á dar parte de todo á la abadesa, sin perjuicio de adoptar para en adelante las medidas que mejor garantizasen su seguridad individual, fuesen ó no indignas de cualquier persona regular. Firme en su propósito, se dirigió al cuarto de la superiora seguido del que le acompañaba, en el cual le dejaremos, para seguir al Veterano.

Disgustado y sobremanera taciturno caminaba el honrado militar, pensando en la terrible derrota que en un instante habia sufrido.—Ahora, decia para sí, la encuentran el billete; la abadesa da cuenta á Alberto, y

frigerante bálsamo que ha suavizado los acerbos dolores de su corazón.

—Chist.... silencio! á la vuelta de estos árboles vamos á encontrarnos con ellas.

—Razon teneis.... juraría que se escuchaban pasos!

—Sí, pero se van alejando y vamos á perderlo todo; sigamos por si podemos hallarlas.

—¿Quien habia de imaginar que mudasen de parecer á mitad de camino?

Siguieron los camaradas otra senda y á fuerza de apretar el paso, lograron dar alcance á las religiosas: pero ¡cuál fué el asombro de ambos al encontrarse con las monjas solas! Isabel habia desaparecido y esta circunstancia contristó extraordinariamente al Veterano, y su camarada creyó que soñaba despierto; saludaron pasando de largo, y luego que se vieron solos dijo el Veterano:

—¿Qué es lo que por mi pasará! ¿No la visteis atravesar vos mismo?

—Yo no la ví; pero ví su escolta y no dudé que entre ella iba la joven, mas sin duda alguna cuando las vimos tomar hácia la derecha para dirigirse al bosquecillo de mirtos, ella tomó hácia la izquierda y se encaminó á su celda: hé aquí todo el misterio.

—Y ¿qué haremos?

—El diablo que lo sepa.

—Vá á abandonar en cualquier parte el ramillete y vá á descubrirse todo.

—Es lo mas probable; pero... no desesperéis.

—Desesperar! Con los obstáculos renace mi ánimo: siento solamente que descubierta la trama, no podré llegar á estos sitios y aun... vos no estais seguro.

—Bah! eso es lo que menos importa; lo primero sería lo peor para el asunto.

teatros, á fuer de españolas, deben hacer que el público juzgue por sí mismo y premie y estímulos con sus aplausos á los artistas compatriotas, que invierten los mejores años de su vida en el estudio para adelantar y complacerle, adquiriendo gloria y eterno renombre. En este supuesto, no dudamos que á dichas señoritas se las allanará el camino y que, por consiguiente, tendremos el gusto de oírlas en alguno de nuestros teatros.

El Ilmo. Sr. Posadas, arzobispo electo de Toledo, administró la sagrada comunión á los enfermos del hospital general, con gran solemnidad. El interior de este respetable asilo presentaba un hermoso punto de vista: las camas todas estaban cubiertas con colchas blancas; las ventanas interiores del edificio, adornadas con las colgaduras que usan en la Aduana en las fiestas reales y regocijos públicos; una verja, puesta nuevamente, circuía los jardines; en todas partes, en fin, se observaba el mayor orden, aseo y esmero, distinguiéndose particularmente las salas de S. Carlos y la de Madrid, que han experimentado considerables é importantes mejoras. Podemos asegurar que, salvo las colgaduras (elogiando como debemos al que suscitó la idea de pedir las y al que generosamente las facilitó) y los adornos puestos para tan solemne ceremonia, cualquier día que se visite el hospital, aunque no sea de entrada pública, se encuentra todo en el brillante estado de que há poco nos hemos ocupado. Hemos oído decir, como seguro, que va á destinarse una sala de descanso contigua á la de distinguidos, elegantemente amueblada, con chimenea francesa y adornos convenientes, para recibir en ella á las personas que, nnidas á los mencionados enfermos, bien por los vínculos del parentesco, ó bien por los de la amistad, vayan á acompañarlos en su convalecencia. ¡Idea magnífica y digna de encomio! Ella borrará de la imaginación de los que allí sufren, que se encuentran en un asilo de caridad para todos; ella hará olvidar, siquiera sea por pocos momentos, que en aquel recinto solo se encuentran miserias y quebrantos.

CANTÁRIDAS.

—El 10 de octubre se da la primer función en el teatro de Oriente. —Pues ya! —Si le han adjudicado y.... —Pues ya! —Y están encargados no sé qué trabajos á Londres ó á.... la China. —Pues ya! ¿Quiere vd. escuchar mi canción favorita, en tono de gaita gallega? —Sí, señor. —Pues dice: *Tamparrantran, que los higos son verdes: Tamparrantran, tarde madurarán.*

El mundo es así, señores lectores, ni más ni menos. ¿Podrán ustedes creer que, según nos han asegurado, ha habido.... no una, ni dos, sino muchas personas que juzgando muerta ó espirante á la ACADEMIA REAL desde el día que se esparció la noticia á que acabamos de hacer referencia, la volvieron las espaldas por completo; otras se colocaron entre sol y sombra, y muy pocas, poquísimas, no se desmintieron? La ACADEMIA debe dar miles de gracias á los que tal noticia esparcieran, porque ella ha sido el verdadero crisol en que se han probado los quilates de ánimo, desinterés y constancia de cada quisque. ¡Oh tempora, oh mores!!! ¡Oh tiempo de.... todos los tiempos!!! (Traducción libre.)

Se están haciendo unos trajes vistosos y lucidos, para sacar á danzar á los entes chiquirrititos y no chiquirrititos, que habitan donde nosotros sabemos. No se ha roto el látigo, y por consiguiente bailará la peonza y.... aun el trompo. En fin, en fin.... Dios puede más que el diablo, señores lectores: la historia se está escribiendo y en ella ocupará cada cual el lugar que le corresponda, sin andar con ambages ni rodeos.

Tirulirulí, que ya afilo las uñas;
Tirulirulí, que las voy á clavar,
Tirulirulí, no hay poder en el mundo,
Tirulirulí, que te impida bailar.

IMPRENTA DE D. MARCOS BUENO.

PLAZUELA DE S. MIGUEL, NÚM. 6.

—Vos no podeis entrar....?

—Quien, yó.... en la clausura!.... lo mismo que vos. Pero en la suposición de que nada podeis hacer para evitar el golpe, no hay arbitrio mejor que armarse de paciencia: pocas horas han de pasar sin que veamos el jiro que toma el asunto, aun cuando no demos el menor paso; porque si el embrollo se descubre nos lo dirán demasiado pronto. Si no sucediere, nada hay perdido; y si se verificase.... paciencia y apelar á un golpe de mano.

—Estamos de acuerdo.

Aun siguieron hablando algun rato y calculando lo que en aquellas circunstancias convenia: no omitieron llegar al frente de la ventana en que solía asomarse Isabel pero sin el menor resultado; y el Veterano conociendo cuan preciosos eran los instantes, se dispuso á marchar. Llegaba á la puerta exterior acompañado de su camarada, cuando vé que se dirigia hácia el mismo sitio el infame Alberto escoltado por un desconocido. La rabia, el disgusto, la sorpresa.... multitud de afectos en fin, se pintaron rápidamente en el semblante del Veterano: no le era fácil ganar una senda que impidiese su encuentro con Alberto, ni le servia retroceder ni ocultarse porque ya le habia aquel visto. ¿Qué hacer en este caso? Descubierto y á que el Veterano podia entrar en las accesorias del jardín, era indudable que trasladarian á Isabel á otro sitio; y de verificarse la traslación no era menos seguro que la conducirían á un paraje menos fácil de hallar y más difícil de estar á disposición de los amigos del jóven Conde. Todas estas consideraciones y otras, no menos justas, ocurrieron al buen soldado en el momento que Alberto llegaba á la puerta del jardín: aquel sin curarse del recién venido, dió la mano á su amigo y despues de decirle, con la más impasible serenidad, adios camarada; ya nos vere-

mos otro día, marchó tranquilamente sin saludar al que tan de veras aborrecia.

El jardinero hizo un silencioso saludo á Alberto y se dispuso á marchar hácia su casilla; pero le detuvo el recién llegado, diciéndole.

—Esperad.

—¿Qué se os ofrece?

—¿Quién es ese que acaba de marchar?

—Un antiguo camarada: un valiente soldado.

—¿Hace mucho que le conocéis?

—Muchísimo.

—¿Habéis servido juntos?

—Sin duda.

—¿Qué ha venido á hacer aquí?

—¿Os importa?

—No.... pero....

—Entonces escusada es la pregunta.

—Me parece pájaro de mal agüero; y como la superiora es prima de mi ama, quisiera evitar.... ya veis, ese puede ser uno de tantos lobos como visten la piel de oveja, y yo estoy en la obligación de velar por mi ama y por cuantas personas la interesan.

—Yá!

—Pudiera engañar vuestra honradez y bajo el pretexto de compañerismo....

—Descuidad y no me creais tan inocente, que me deje engañar á dos por tres.

—Por lo que de deciros acabo, conoceréis cuan justo es mi deseo de indagar el objeto de la venida de ese hombre y....

—Pudiera contestaros que á verme, y diría la verdad; pero encuentro mejor deciros que no me acomoda responderos, porque....